

Dos novelas sobre la herejía

Juan Carlos Orrego Arismendi

Conforme pasan los años y los siglos, los grandes hitos de la historia humana van anotándose como vestigios arqueológicos sepultados entre gruesas capas de documentos. Para tener una idea exacta de eso puede considerarse, a guisa de ejemplo, lo mucho que se ha escrito sobre el descubrimiento y conquista de América durante los últimos 525 años.

Una primera conclusión que puede sacarse frente a la explosión del archivo señala la dificultad de decir algo nuevo sobre dichos acontecimientos, cuya inaudita complejidad es, a la postre, la tabla de salvación de los comentaristas. Paradójicamente, la segunda conclusión frente a la abundancia de documentos es por completo optimista: ellos permiten decir lo que al principio se antojaba impensable. Para no ir lejos en nuestro ejemplo, basta pensar en lo que el rico archivo histórico ha sugerido sobre Cristóbal Colón y otros navegantes del siglo XVI: al término de muchas horas de biblioteca, el novelista Abel Posse forjó la imagen desnuda del descubridor, echado sobre una hamaca con total molicie caribeña; asimismo, Napoleón Baccino Ponce de León tuvo la ocurrencia de contar el viaje infinito de Magallanes desde la perspectiva del bufón del barco. En resumen: o porque iluminan un hito o porque lo saturan, las muchas palabras que él ha suscitado llaman a más palabras, cada una de ellas preñada de la ilusión de ser inédita.

A la Reforma protestante, separada de nuestros días por cinco siglos redondos y millones de cuartillas escritas, le ha correspondido un destino similar al del encuentro entre América y Europa. Como ocurrió con ese hecho, han llegado los días en que la literatura contemporánea –envanecida o hastiada de la labor

de los historiadores – nos regale las imágenes menos convencionales de la efeméride luterana. Al menos eso es lo que muestran dos novelas iberoamericanas de la última veintena, en las que, si bien no se distinguen héroes disipados ni narradores bromistas, las imágenes de la historia se ofrecen a nuestros ojos como finas refracciones artísticas, por completo ajenas a los afanes informativos de otras épocas y perspectivas. Las dos novelas a que nos referimos son *El hereje* (1999) de Miguel Delibes y *Tríptico de la infamia* (2014) de Pablo Montoya, cuál de las dos más empeñada en llevar al reposado símbolo literario lo que entienden como espíritu de la coyuntura reformista.

El hereje, que mereció a Delibes el Premio Nacional de Narrativa de España, se ocupa del periplo vital de Cipriano Salcedo, un comerciante vallisoletano del siglo XVI que entra en contacto con las ideas reformistas gracias, sobre todo, a Pedro Cazalla, párroco del pueblo de Pedrosa en el que Salcedo posee tierras cultivadas y ganados. Cazalla, en otro tiempo partidario de las ideas erasmistas – críticas frente a la corrupción clerical y promotoras de una religiosidad intimista –, amonesta al joven y próspero comerciante por no considerar suficiente el mérito del sufrimiento de Jesús en la cruz, sufrimiento que, por la sola fe, concede la gracia de la salvación humana sin necesidad de obras piadosas; el párroco amonesta de esta manera a Salcedo: “¿Por qué tan poca fe? Si Cristo murió por nuestros pecados, ¿cómo va a exigirnos luego reparación por ellos?”. Por recomendación de Pedro Cazalla, Salcedo se une a una secta luterana de Valladolid, dirigida clandestinamente por Agustín Cazalla, hermano del otro y antiguo capellán de Carlos V, y quien incluso confía a Salcedo la misión de viajar a Alemania para adquirir

libros comprometidos y entrevistarse con los herederos espirituales de Lutero. Tras la muerte del Emperador en 1558, la nueva Corte extrema su celo romano y barre con los focos protestantes españoles, entre ellos la célula vallisoletana. Reacio a retractarse, Salcedo muere en la hoguera el 21 de mayo de 1559; de hecho, renuncia a un postrero reconocimiento de la Iglesia de Roma que le habría valido, por la vía del garrote vil, una muerte más expedita y piadosa.

En el inventario de la prolífica obra de Miguel Delibes, *El hereje* ocupa un lugar especial, o por lo menos a primera vista: es la única novela con un carácter francamente histórico, en un corpus en que la mayor parte de los libros se interesan por la vida sencilla – incluso miserable – en la meseta castellana durante la Posguerra, con protagonistas que no pocas veces son cazadores consumados, como Lorenzo – el protagonista de la trilogía *Diario de un cazador* (1955), *Diario de un emigrante* (1958) y *Diario de un jubilado* (1995) – y los personajes de la muy célebre novela *Los santos inocentes* (1981), llevada al cine por Mario Camus. Sin embargo, *El hereje* también sitúa su trama en Castilla, e incluso está dedicada a la ciudad en que Delibes, en 1920, vino al mundo; se lee en el lugar correspondiente: “A Valladolid, mi ciudad”. Y también hay escenas de cacería en aquella historia del siglo XVI, como las que – de modo especialmente significativo – comparten Pedro Cazalla y Cipriano Salcedo mientras conversan sobre *El beneficio de Cristo*. De modo que, como cualquier perdiz, el comerciante es un hombre cazado por una nueva profesión religiosa.

Pedro y Agustín Cazalla, así como otros simpatizantes de las ideas erasmistas y luteranas que aparecen en la novela, son personajes históricos, y a ellos, para hacer posible la apuesta literaria, se suman entidades ficticias como Cipriano Salcedo, su incestuosa nodriza Minervina, la esquiladora Teodomira – a la postre esposa del comerciante – y otras más. Con todo, no es *El hereje* una novela histórica convencional: ella

apuesta por algo más que la reconstrucción verosímil de una época y unos sucesos sociales, pues confiere a sus símbolos literarios un carácter alegórico. Ello permite decirlo, en esencia, la figura de Salcedo, quien en cierta medida es una personificación del espíritu de la Reforma en España: ha nacido el 31 de octubre de 1517, que es la misma fecha en que, según la tradición, Martín Lutero clavó los folios del *Cuestionamiento al poder y eficacia de las indulgencias* – las 95 tesis – en la puerta de la iglesia del Palacio de Wittenberg. El protagonista de *El hereje* encarna una actitud ecuánime y objetiva respecto de los misterios religiosos y sus cuestionamientos filosóficos y morales, del todo afín con el espíritu de unas tesis luteranas proclamadas “Por amor a la verdad” – tal es su encabezamiento – y que, sin desconocer la autoridad del papa, en esencia pretendían reivindicar el sacrificio cristiano sobre las prácticas lucrativas de la Iglesia. Atado al palo de la pira, Salcedo no quiere retractarse de unas ideas que siente henchidas de libertad, fraternidad y humildad, pero por lo mismo no quiere ser arrogante con sus jueces espirituales, quienes le exhortan a plegarse, *in articulo mortis*, al credo romano. Discurre, entonces, la fórmula que encuentra más ética: “Creo en Nuestro Señor Jesucristo y en la Iglesia que lo representa”. A pesar de la ternura con que lo dice – eso informa el narrador –, los ejecutores no están dispuestos a aceptar lo que no sea un arrepentimiento radical.

La misma pasión católica por los hechos radicales es tema de *Tríptico de la infamia*, obra que le granjó a Pablo Montoya el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en 2015. La persecución sufrida en el mismo siglo XVI por los hugonotes franceses – protestantes de filiación calvinista – es el drama que recorre y aúna las tres historias que conforman la novela, de las que son protagonistas sendos pintores de la época: Jaques Le Moyne, Françoise Dubois y Théodore de Bry. La purga de católicos contra protestantes se muestra con toda su ferocidad sobre todo en las dos primeras



partes: en la dedicada a Le Moyne, iniciada con el esperanzado viaje de los hugonotes a la Florida —con el proyecto de construir una colonia próspera— y finalizada con la virulenta embestida católica contra los franceses, comandada por el almirante español Pedro Menéndez de Avilés; y en la segunda parte, en que Dubois vive en carne propia la persecución, uno de cuyos puntos culminantes en tierra europea fue la masacre de San Bartolomé, iniciada en París la noche del 23 de agosto de 1572, por orden de un Carlos IX a quien robaban el sueño las reuniones de los hugonotes. Durante las crudas jornadas pierde la vida Ysabeau, la esposa encinta y ficticia que Montoya idea para hacer más desventurado el sino de Dubois.

La novela encuentra uno de sus clímax narrativos en el que, sin duda, es el más claro indicio de la existencia histórica de Dubois: el óleo en tabla conocido como *La masacre de San Bartolomé*, actualmente exhibido en el Musée Cantonal des Beaux-Arts, en Lausana, y que el pintor habría concebido y ejecutado en la década que siguió al exterminio. El personaje de Dubois, narrador en primera persona de la segunda parte de la novela, describe su tabla con el cansancio de quien, por reproducirla con su arte, ha sido dos veces testigo de la misma abominación. Se refiere con morosidad a la defenestración y decapitación del líder hugonote Gaspard de Coligny, representada en el centro de la tabla; al amontonamiento de los cadáveres desnudos de muchas mujeres; al vientre abierto de una gestante —Ysabeau— que yace acribillada en una de las callejas junto al Louvre; a los dos adolescentes que se divierten arrastrando el cuerpo de un bebé; al merodeo córvido de los católicos sedientos de sangre y, en fin, a disparos a quemarropa, acuchillamientos y saqueos. El escrupulo de la descripción es el mismo con que antes ha pintado, y Dubois lo ha hecho de esa manera porque sabía a quién se refería la tragedia que debía retratar: “Son ciento sesenta, los he

vuelto a contar, el número de mis personajes. Pero juro que es toda la humanidad la que he intentado meter en la tabla”.

Es evidente que a *Tríptico de la infamia* la Reforma protestante no le interesa por su particular filosofía de fe intimista sino por la expresión de odio fraticida con que fue recibida en Europa. En ese sentido, sabe alinearse con otros libros de Montoya en que la desgracia padecida por cualquier pueblo específico, en coordenadas precisas del espacio y el tiempo, es forzosamente una desgracia que atañe a toda la humanidad. Ya en *Los derrotados* (2012), las masacres cometidas en Colombia por escuadrones paramilitares habían sido descritas para denunciar, con un clamor que solo puede alcanzar el arte, la barbarie de los hombres que son lobos de otros hombres. Y allí las imágenes de referencia son fotografías, como son óleos y grabados en *Tríptico de la infamia*. A Montoya le interesa detener en el tiempo los gestos que muestran lo que realmente somos, y parece estar persuadido de que a las imágenes para siempre quietas de las artes gráficas debe sumarse la morosidad de una prosa que, como la de Delibes, tampoco está movida por un banal afán informativo sino por el empeño de forjar símbolos perdurables.

Para Miguel Delibes y Pablo Montoya, el exterminio de los reformados —españoles o franceses— debe seguir produciéndose en la eternidad del tiempo artístico si, con ello, logra revelársele al hombre no solo lo que ha sido sino, también, lo que puede llegar a ser. Con eso aludimos a que, tanto como la conciencia de sus excesos, a la humanidad le es precisa la conciencia de las alternativas del pensamiento y la fe. La verdadera herejía es la intolerancia.

Juan Carlos Orrego Arismendi es profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros: *Cuentos que he querido escribir*, *La isla del Gallo*, *Viaje al Perú* y *Tumba de indio*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.